



SAGRADAS ÓRDENES DE PRESBITERADO Y DIACONADO

Homilía del Sr. Arzobispo de Toledo

S. I. Catedral Primada, 2 de julio

Un saludo cordial a cuantos llenáis la Catedral. En primer lugar a vosotros, ordenandos con vuestras familias. Aquí está el Seminario Diocesano con sus formadores y rectores; y estáis por justicia, pues habéis trabajado duro para sacar adelante no sólo la cosecha sino a los que serán enviados a la mies. Aquí está una gran parte del presbiterio: Cabildo Catedral, sacerdotes, religiosos y otros presbíteros venidos de otras partes de la Iglesia. También saludamos a los miembros de las comunidades parroquiales donde nacisteis y aquéllas donde habéis trabajado pastoralmente. Todo está dispuesto para la ordenación de estos hermanos, en una celebración significativamente eclesial.

El Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, quiere sacerdotes que, al frente de las comunidades, garanticen la vivencia de la Alianza de Jesucristo Salvador. Habéis sido presentados al Sucesor de los Apóstoles. Estoy seguro de que os habéis encontrado con Él, le habéis visto, os fiais de Él, tenéis experiencia de Cristo, sabéis que debéis predicarle públicamente, y que no os avergonzaréis del Evangelio. Os esperan las comunidades cristianas, para enseñar con paciencia, presidir con humildad y celebrar en nombre de Cristo Cabeza de la Iglesia, viviendo el amor del Señor a todos.

Debéis hablar del Señor y transparentarle ante la próxima generación de cristianos, sin olvido de los que ya le conocen ni de los que le siguen demasiado lejos. Siempre está por nacer la siguiente generación de la Iglesia. Siempre hay nuevas gentes a las que narrar todo lo que hizo el Señor, a los que hablar de la plena confianza que tenemos ante Dios, de que es bueno guardar sus mandamientos y hacer lo que le agrada, porque eso coincide con nuestra libertad y felicidad. Pero hoy, para llevar a cabo esta obra apostólica, hay que salir, acercarse, escuchar, acompañar con entrañas de misericordia. No puede hacerse desde la altivez, la prepotencia o, también, sin las ideas claras y convicciones poco profundas.

Hoy estos ordenandos reciben el Espíritu Santo justo para permanecer siempre en el Señor, el tesoro escondido en el campo. Ahí está el secreto de la eficacia de la caridad pastoral de los sacerdotes, porque somos cristianos sin posibilidad de ser entendidos desde nosotros mismos, sino desde Cristo. Ni el mejor dotado de los candidatos al sacerdocio hará nada sin estar unido a la vid como lo está el sarmiento. Bienvenidas las buenas cualidades de los seminaristas, la exquisita formación. Pero la vida y el ministerio de un cura no es una carrera de éxitos personales, como constantemente recuerda el Papa Francisco. Este es un misterio de amor a Cristo y de Cristo que resulta bien en el humilde y en el dispuesto a crecer en el amor que actúa moviendo los espíritus.

Hemos escuchado en el Evangelio: “Por ellos me consagro yo” (Jn 17, 19). ¿Qué puede significar esta frase misteriosa si Cristo es de por sí “el Santo de Dios”?”, como confesó Pedro en Cafarnaúm (cfr. Jn 6, 69). “Santo” en la Biblia deriva de Dios: sólo Él es el auténtico y verdadero santo. Parece, pues, que “consagración” es un sacar del mundo y un entregarse al Dios vivo. Parece también, sin embargo, que entendemos mal en ocasiones ese santificar/consagrar, pues pensamos que es una segregación, palabra que nos suena fatal, como si se tratara de un salir del contexto de la vida, un “ser puesto aparte”, olvidándonos de qué es una segregación “para Dios”. Y precisamente por ello no

es una segregación, o lo es en un sentido muy preciso. Ser entregados/segregados a Dios para Dios significa más bien “ser puestos para representar a otros”, en este caso, lógicamente, en nombre de Cristo, Cabeza de la Iglesia.

El sacerdote es sustraído a los lazos mundanos y entregado a Dios, y precisamente así, a partir de Dios, debe quedar disponible para los otros. Cuando Jesús dice “yo me consagro”, Él se hace a la vez sacerdote y víctima... “Yo me consagro” equivale a “yo me sacrifico”. Podemos entender ahora mejor la frase “Por ellos me consagro yo”. Es el acto sacerdotal en el que Jesús –el hombre Jesús, que es una sola cosa con el Hijo de Dios- se entrega al Padre por nosotros. Es, pues, lo que nos permite asomarnos a lo íntimo del corazón de Jesucristo y de su entrega.

Cuando Jesús dice: “Al que no permanece en mí, lo tiran fuera como al sarmiento y se seca; luego lo recogen y lo echan al fuero y arde” (Jn 15, 6), está indicando que la fe del discípulo es vida en Cristo. No se puede reducir a un simple proyecto humano, a un barniz de moralismo, o a unas actividades de beneficencia humanitaria, a una ascesis voluntarista. Está el cristianismo lejos de un espiritualismo o de un devocionalismo al ultranza; es la capacidad que tiene Jesús de vivir en nosotros, de tomar posesión de nuestras vidas con los sacramentos, de pedirnos nuestra propia existencia para que Él la viva en nosotros. Ser cristiano es “vivir en Cristo”; ¿no va a serlo en nosotros, ordenados? Sí, porque es dejar que Cristo nos una por dentro, se apodere de nuestra vida y la continúe en la suya, en la oblación al Padre y servicio a los hermanos de nuestra propia existencia.

Respecto a vosotros que seréis ordenados diáconos, considerad que Jesucristo nos ha sido dado a todos nosotros. Él, el Hijo, se ha hecho nuestro diácono. He aquí un aspecto central del ministerio de Jesucristo, a saber, que el Señor de todos nosotros es diácono, servidor, que va de un lado a otro para servirnos y descubrirnos el misterio del amor de Dios. La grandeza del ministerio diaconal, que ahora vais a recibir, consiste en la misión de hacer presente al diácono Jesucristo en el tiempo de la Iglesia, continuando con la trasmisión de los signos del amor de Jesucristo hacia los más pobres. Una gran tarea. Repito: ser diácono significa hacer presente en la Iglesia, mediante el sacramento, el misterio de la diaconía de Jesucristo, su amor.

A nosotros nos queda rezar por vosotros, que vais a ser ordenados de presbíteros y diáconos. Que Dios bendiga vuestro camino para el que os habéis ofrecido ante el Obispo. Que el Señor conceda que lo que recibiréis en el sacramento y confeséis en la fe, se haga verdad en vosotros. La Virgen Madre presente esta petición al Padre, con su poderosa intercesión.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España